ROMANCE HISTÓRICO

TERRI BRISBIN

El secreto del conde

Harlequin Internacional™

TERRI BRISBIN

El secreto del conde



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2007 Theresa S. Brisbin. Todos los derechos reservados.
EL SECRETO DEL CONDE, Nº 409 - 1.6.08
Título original: The Earl's Secret
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-6164-9
Depósito legal: B-19879-2008

Uno

Londres, Inglaterra

—¡Maldita sea!

Todos los papeles relativos a distintos asuntos que tenía repartidos por encima del escritorio de caoba cayeron al suelo cuando tiró el último número del *Scottish Monthly Gazette*. Una furia muy poco habitual se había adueñado de él, pero recogió la publicación para volver a ojearla. Seguramente, había leído mal. Seguramente, el escritor no había utilizado su nombre.

Sin embargo, David Lansdale, después de repasarlo, comprobó que su ira estaba justificada porque allí, en la segunda página, en el editorial de la *Gazette*, no sólo aparecía su título, conde de Treybourne, sino que también había una serie de falsedades contra los argumentos que había esgrimido el mes anterior en el respetable *Witheleaf's Review*.

—¿Señor…?

David levantó la mirada y vio a su mayordomo en la puerta del despacho.

—No quería que se me molestara, Berkley.

—Lo entiendo, señor —Berkley inclinó respetuosamente la cabeza—, pero lord Ellerton ha venido y no parece dispuesto a irse sin hablar con vos.

Probablemente hubiera visto aquello, se dijo mientras miraba la *Gazette*, e, independientemente de que su amigo intentara transmitirle su apoyo, siempre parecía como si se regocijara.

—Tendrás que disuadirlo con más fuerza, Berkley. No quiero ninguna visita. Ninguna visita —insistió sin disimular su enojo.

Berkley, un mayordomo consumado, se acercó al desorden de papeles que había por el escritorio y el suelo y se agachó para recogerlos.

—Déjalo, Berkley. Es más importante que no me moleste nadie…

Berkley inclinó la cabeza y se marchó. David recogió los papeles y los dejó en el escritorio, se fijó en el desorden y volvió a colocarlos en montones, como habían estado hacía un momento. Lord Anthony Ellerton habría sido una pesadilla y no quería verlo en ese momento. Se disculparía más tarde por habérselo quitado de encima, cuando se hubiera ocupado de ese embrollo. Cuando se hubiera preparado para hacer frente a la ira de su padre por ese ataque.

Sintió un nudo en el estómago al pensar en la reacción de su padre. El marqués de Dursby era un hombre hosco y serio, en el mejor de los

casos. Esperaba que el marqués estuviera de mejor ánimo cuando abrió la *Gazette* o que no leyera las publicaciones que apoyaban al partido *Whig*. Era una posibilidad. Si su padre mantenía el programa habitual de los jueves, lo más probable era que no hubiera cenado en su club y hubiera pasado una noche tranquila en casa.

David se sentó al escritorio y guardó el objeto de su enfado en el cajón para no tenerlo delante. Al menos, hasta que hubiera pensado cómo contestar las preguntas y los comentarios del último artículo de A. J. Goodfellow. Se inclinó y se sujetó la cabeza entre las manos. Sabía que era demasiado temprano por la mañana para sentirse tan mal.

Los ruidos de otra visita lo interrumpieron antes de que pudiera seguir lamentándose. Unos pasos que se acercaban desde el recibidor a la puerta de su despacho captaron su atención. Que el personal concediera esa deferencia a quien se acercaba a la puerta sólo podía significar una cosa, y no era que Ellerton se hubiera salido con la suya. David elevó una plegaria cuando se abrió la puerta. Su plegaría no fue atendida.

—El marqués de Dursby —anunció Berkley mientras se apartaba de la puerta.

Inclinó la cabeza, cerró la puerta y la habitación se vio desbordada por una sensación de fatalidad.

—Padre —saludó David mientras se levantaba

con una leve reverencia—. Me sorprende veros tan temprano.

Su padre se limitó a hacer un gesto con la cabeza sin dignarse a contestar la pregunta implícita en el saludo. Berkley seguía en su lugar, junto a la puerta cerrada.

—¿Deseáis algo de comer o beber?

—No pierdo el tiempo con esas cosas cuando del destino de la nación pende de un hilo.

—Yo no diría que es tan funesto como eso.

—Ése, Treybourne, es tu mayor inconveniente. La responsabilidad que se te ha otorgado…

—Que se me ha impuesto, diría yo —le interrumpió David.

En privado, podía reconocer que él no había elegido ser portavoz del partido Conservador en esa guerra dialéctica.

Miró a su padre y se maravilló de que pese al parecido físico, un pelo castaño más corto de lo que se llevaba en ese momento, las mismas facciones angulosas, los mismos ojos azul claro con ribetes de un azul oscuro, sus personalidades y planteamientos sobre la familia y el honor fueran completamente distintos. Además, cuando era el blanco de los intentos de su padre por intimidarlo, daba gracias al cielo por ser tan distintos.

—Un noble cumple su palabra.

Lo dijo más como una exigencia que como una afirmación, más como un insulto que como una declaración. El marqués de Dursby no tenía

condescendencia con las obligaciones de cada uno, sobre todo cuando se trataba del honor de la familia.

—Haré lo que he aceptado hacer, señor.

David apretó la mandíbula y esperó a que su padre mostrara su contrariedad. El marqués, poco dado a perder el tiempo, entró en materia.

—Deberías haber previsto su réplica, Treybourne. Cualquiera con un mínimo de formación o experiencia en el arte de la oratoria y la polémica lo habría sabido.

David, con los brazos cruzados, miró hacia un rincón del despacho mientras su padre seguía con su diatriba sobre los últimos argumentos de los Whig y los insultos que habían proferido a los Conservadores a través de él.

—No estás prestando atención, Treybourne, otro de tus inconvenientes. ¿Cómo esperas machacar a este oponente y dejar claro que lo que busca su partido socavará el bienestar de la nación?

David no respondió inmediatamente porque sabía que su padre lo aprovecharía para reprocharle otro de sus puntos flacos: que tomaba medidas sin haberlas pensado y calculado adecuadamente. Como ningún argumento o prueba podía hacer que el marqués cambiara la opinión o posición que había adoptado, David se ahorró el esfuerzo para cuando sirviera de algo.

—¿Qué respuesta os gustaría que le diera, señor? Si no creéis que yo pueda cumplir vuestros propósi-

tos, dadle este honor a alguien que cuente con vuestra confianza.

No era una situación nueva para ellos. Cada vez que su padre censuraba su papel como portavoz del partido, él le pedía que lo relevara.

La verdad era que sólo lo hacía por el dinero que le suponía y por lo que podía hacer con ese dinero. Unas actividades que si su padre las conociera a fondo, le daría un síncope. Unas actividades demasiado importantes como para que interfiriera la animosidad entre padre e hijo.

—Cumpliré nuestro trato mientras tú lo hagas. Son diez mil libras al año para tu uso personal, sin hacer preguntas, aunque sí me pregunto qué sórdido uso puedes darles, a cambio de que emplees tus dotes de persuasión para convencer a la Cámara de los Comunes y de los Lores, sometidas a los Whigs, de lo erróneo de sus métodos.

David tragó saliva por la simple idea de perder ese dinero. No podía disponer de la sólida y creciente fortuna familiar hasta que ascendiera al marquesado, a la muerte de su padre, y tenía que acceder a los caprichos, veleidades y exigencias de su padre.

Si hubiera tenido otra alternativa, la habría tomado hacía mucho tiempo, pero escribir algunos artículos y pronunciar discursos como diputado de una de las circunscripciones de los Dursby era la forma legal más fácil de conseguir el dinero que necesitaba.

—Normalmente me tomo un día o dos para

reflexionar sobre el último artículo antes de escribir el mío, señor —explicó David antes de darse la vuelta para mirar a su padre.

—Muy bien —aceptó Dursby—. Ya sabes que puedes contar con Garwood, mi ayudante, para lo que quieras.

Nunca contaría con Garwood para nada.

—Gracias, señor.

Entonces, el marqués, con un gesto brusco de la cabeza que indicaba que la conversación había terminado, se dio la vuelta y fue hacia la puerta. Él se aclaró la garganta y esperó a que Berkley la abriera. Los pasos en el recibidor le indicaron que se había ido sin demora.

La visita no había durado más de diez minutos, pero se quedó con la sensación de que su padre llegó hacía una eternidad. David pasó por alto su costumbre de no beber licores destilados antes de mediodía y buscó la frasca de brandy en el aparador. Fue otro desliz lamentable, pero decidió tomar fuerzas antes de la siguiente batalla… contra el articulista escocés llamado A. J. Goodfellow.

Horas más tarde, cuando Berkley se atrevió a adentrarse en el despacho para recordarle la cena y sus compromisos de la noche, David no estaba más cerca de haber encontrado una réplica aceptable al ataque por escrito de la revista. Se dejó caer contra el respaldo de la butaca, se frotó los ojos y pensó disculparse con lord y lady Appleton aunque fuera tan tarde.

Sin embargo, al baile irían personas que no hablarían del artículo por educación. Se hablaría de caballos, saraos y de los últimos rumores inofensivos, pero no de política o economía. Si bien sabía que también se hablaba mucho de él entre la mejor sociedad inglesa, era más por sus ingresos anuales y los títulos que recibiría a la muerte de su padre que por sus artículos y polémicas. Las mujeres llevaban la voz cantante en la salas de baile y en las veladas de la sociedad y no se interesaban por cosas tan complicadas como la aprobación de una ley. La vara de medir eran los títulos, las tierras y la riqueza. Si se tenían, se podían pasar por alto casi todas las flaquezas de un hombre. Él tenía todo eso.

Esa noche, se refugiaría allí como conde de Treybourne. Por una vez, prefería las dudosas e insustanciales aventuras tan en boga en ese ambiente social que enfrentarse a un enemigo más peligroso que todos los que había conocido hasta entonces. Saberlo le preocupaba más que la visita de su padre antes de las once de la mañana.

Dos

Edimburgo, Escocia

Anna Fairchild caminaba deprisa. Tenía ganas de llegar a las oficinas del *Scottish Monthly Gazette* y casi ni se paraba para saludar a los conocidos que se encontraba mientras se dirigía a Frederick Street. Ya se pararía y charlaría otro día, pero ése era especial. Ese día podía marcar el éxito o el fracaso de todos sus desvelos.

Era la mañana siguiente a que el último número se hubiera repartido por Londres y Edimburgo. Para entonces, lord Treybourne, el antagonista de A. J. Goodfellow, habría leído la respuesta a su artículo y probablemente estaría dándole vueltas. Era la primera vez que Goodfellow se enfrentaba directamente al conde y Anna estaba deseando ver el resultado. Sin embargo, no estaba muy segura de la reacción de Nathaniel.

El trayecto de media hora desde la casa que compartía con su hermana y su tía hasta las oficinas de la revista se había hecho muy corto, lo que

comprendió cuando llegó a la puerta sin aliento. Anna echó una ojeada y vio a Nathaniel hablando con su secretaría. Se quitó la capa con cuello de piel y el tocado, se alisó la ropa y se colocó bien algunos mechones de pelo que se le habían soltado del moño que llevaba en la nuca.

Anna saludó con la cabeza a los dos oficinistas que abrían y ordenaban afanosamente las cartas que se habían recibido. Ella, vanidosamente, atribuyó parte de todas esas cartas al contenido del artículo del día anterior y a su decisión de publicarlo, pese a las objeciones de Nathaniel.

—Puedo captar el orgullo en tu mirada, Anna —Nathaniel estaba a su lado, junto a la puerta.

—Entonces, ¿es injustificado? —preguntó ella mientras intentaba contener las ganas de regocijarse por el buen resultado de su envite.

—Algo así.

—Queríamos atraer atención sobre la revista y al parecer —señaló a Lesher y Wagner abriendo cartas—, lo hemos conseguido.

—¿A qué precio? —él dejó escapar un suspiro—. Esta mañana he recibido una «invitación» para hablar con algunos líderes Whig sobre el artículo.

—Yo diría que tendrías que estar contento, Nathaniel. Parte de la idea era que cobraras algo de notoriedad y empezaras a pensar en la elección para la Cámara de los Comunes. Seguramente, esto te dará prestigio e incluso es posible que te proporcione un valedor para conseguirlo.

—A lo mejor.

—¿A lo mejor? Lo más probable es que te encuentres metido en un debate en la Cámara de los Comunes con el blanco de ese artículo.

—¿Con Trey? —preguntó él.

—¿Trey? —repitió ella al captar una familiaridad que nunca le había expresado.

—Fuimos juntos a Eton y a Oxford. Creía que te lo había dicho cuando empezamos con todo esto.

Anna se contuvo las tres primeras ideas que se le pasaron por la cabeza por no parecerle propias de una mujer de su posición y dijo la cuarta.

—¿No deberías haberme puesto al día de vuestra relación antes de llegar a este momento?

Su tono llamó la atención de los oficinistas, de la secretaria de Nathaniel y de varios recaderos y visitantes que estaban en la oficina. Anna cerró la boca y bajó los ojos con modestia. No era el momento de echar a perder todo lo que habían intentado conseguir con tanto esfuerzo. Nathaniel hizo un gesto con la cabeza hacia su despacho. Ella entró y esperó a que él también entrara y cerrara la puerta.

—Anna, estoy seguro de que te lo dije cuando pensamos en esos artículos —él se puso detrás del escritorio y esperó a que ella se sentara enfrente—. También he insistido en que me preocupaba mencionarlo por su nombre en una fase tan temprana de nuestra campaña.

Había sido Nathaniel quien lo llamó por primera vez «nuestra campaña» y había apelado a su sentido de la organización y criterio. Era una campaña. No una militar, naturalmente, sino una moral y económica. Se acordó de lo que él dijo cuando revisaron el artículo.

—¿Tomará represalias lord Treybourne?

Anna alisó las arrugas que le habían salido en el regazo a su vestido verde musgo y se quitó los guantes. Los guardó en el bolso de mano y lo dejó encima de un montón de revistas, periódicos y todo tipo de papel impreso que había en el escritorio. Él no contestó y ella lo miró a los ojos.

Tenía una mirada de preocupación.

—¿Económicamente? —volvió a preguntar ella.

—No creo —contestó Nathaniel—. La familia Lansdale está radicada en Dursby, el este de Inglaterra. Tiene tierras por toda Inglaterra, pero sólo unas pocas aquí, en Escocia. No tenemos nada económicamente atractivo que pueda tentarlos a atacar, pero…

—¿Pero?

Nathaniel no solía ser alarmista en cuestiones de la empresa y ésa era una de las muchas virtudes que valoraba de él.

—No recuerdo que lord Treybourne fuera especialmente apegado a los bienes materiales cuando estábamos en la universidad. Su actitud me sorprendió y sigue sorprendiéndome. Eso

hace que para mí sea impredecible en este momento.

—¡La vida en la universidad! He leído que hasta los seminaristas sucumben a las tentaciones de esa vida y todo lo que ofrece. Además, los jóvenes son vulnerables a las influencias —ella esbozó una leve sonrisa—. El marqués de Dursby ha apoyado siempre las posiciones conservadoras. Creo que es natural que su hijo haga lo mismo.

—El príncipe regente no estuvo siempre de acuerdo con su padre —contraatacó Nathaniel—. Anna, creo que estás leyendo todo tipo de lecturas muy poco recomendables si tratan de algo tan apasionante como lo que hacen los jóvenes en la universidad.

—Pero cuando el tren de vida que llevaba lo obligó, el regente renunció a sus creencias y transigió —replicó ella—. Además, lo que yo lea, aparte de la *Gazette*, no es de tu incumbencia.

Aunque lo primero que hizo fue fruncir el ceño y arrugar la frente, Nathaniel sonrió.

—Si aceptaras mi propuesta de matrimonio, lo sería.

Él había mezclado los dos temas de conversación y se había callado súbitamente, pero el cariño sincero que vio en sus ojos hizo que se le encogiera el estómago y el corazón le latiera más deprisa. Anna desvió la mirada para intentar serenarse ante semejante declaración.

—No hay ningún motivo nuevo para volver

sobre ese asunto, Nathaniel. Sabes que Clarinda y tú sois unos amigos muy queridos a los que tengo en el concepto más elevado. Yo no me planteo el matrimonio, si bien es algo que la mayoría de las mujeres de mi edad desea y necesita.

Creía que hacía tiempo que él estaba desengañado de la idea de casarse con ella y esa nueva propuesta le sorprendió. ¿Estaba sinceramente preocupado porque lord Treybourne o su padre, el marqués, quisieran acabar con su publicación en ciernes por esa diferencia política? La expresión de Nathaniel la tuvo en vilo hasta que asintió con la cabeza y sonrió.

—Creo que sencillamente quieres evitar el control que implicaría el matrimonio; tu marido, evidentemente, restringiría tu trabajo aquí y en la escuela. Además, también controlaría tu dinero; creo que eso es lo que más temes.

Seguramente, no sabía lo cerca que estaba de haber acertado. Anna había luchado durante años para mantener unida a su familia desde el fallecimiento de su padre y durante la enfermedad de su madre. Se educación en la prestigiosa escuela femenina de Dorchester, a las afueras de Edimburgo, hizo posible que la mantuviera durante esos años tan difíciles. Luego, a la muerte de su madre y gracias a una herencia tan inesperada como modesta, pudo invertir parte de ella en el sueño de Nathaniel: una revista mensual. En ese momento, los ingresos de su aventura, cada

vez más próspera, los mantenía a los dos y a algunas obras de beneficencia para los pobres.

—¿Volvemos al asunto que nos ocupa esta mañana, Nathaniel? —parecía como si hubiera perdido el hilo y se lo recordó—. Lord Treybourne. ¿Te desasosiega sobremanera su reacción al artículo o sólo estás preocupado como siempre que sale un número nuevo?

—Temo un poco de las dos cosas, Anna. El Trey que conocí en la universidad siempre mostraba su contrariedad directamente. Si cree que me he, nos hemos, mejor dicho, excedido, creo que se pondrá en contacto conmigo personalmente. En cuanto al nuevo número, me complace decirte que durante el último mes las solicitudes de suscripciones aumentaron un diez por ciento.

Ella calculó rápidamente lo que eso supondría una vez descontados los gastos y sonrió.

—¡Es una noticia maravillosa!

—Tengo las cifras para que las revises cuando quieras —le ofreció él.

—Si tú lo dices, no hace falta que lo haga.

Ella no dudaba de su honradez, sólo de sus ganas de conseguir que el plan que habían trazado, su campaña, saliera adelante. Anna entendía que los dos habían invertido en la revista por motivos distintos, pero también se dio cuenta muy pronto de que los dos podían alcanzar sus objetivos a la vez.

—Nathaniel, creo que deberías ir a Londres.

Él frunció el ceño y pareció sorprendido por el nuevo cambio de conversación.

—¿De verdad? Pero Clarinda va a venir de visita la semana que viene. Y Robert…

Anna se levantó y fue hasta la ventana para observar el bullicio de la calle. Nathaniel, por deferencia, también se levantó. Anna le hizo un gesto con la mano para que se sentara y siguió mirando por la ventana mientras ponía en orden las ideas.

—No creo que tengas prisa para hacer ese viaje. Es más, creo que el mejor momento sería después de que Clarinda haya vuelto a su casa. Lord Treybourne estará muy ocupado esta semana mientras intenta estructurar su réplica al señor Goodfellow. No deberías parecer demasiado preocupado por su reacción, pero creo que sería mejor verte con él en un momento que sea ventajoso para ti; cuando puedas hablar de asuntos de caballeros y marcharte cuando hayas dejado clara tu posición.

Nathaniel se rió.

—¿Asuntos de caballeros? ¿Me darás una lista y también me dirás cuál es mi posición?

—Te burlas de mí. Confió en ti para que manejes a lord Treybourne y a su desmedida vanidad.

Para pasmo de Anna, él se rió más alto y con más ganas, hasta el punto de que unas lágrimas le cayeron por las mejillas.

—Anna… —él se secó las lágrimas—. Estás

tan convencida de lo que haces que no tienes ni idea de lo que te espera si el conde de Treybourne entra al trapo. Cuando das clase, tus alumnas te atienden por tu experiencia y conocimientos. Cuando me das consejos sobre asuntos de la publicación, te hago caso porque te conozco y confío en ti. Pero lord Treybourne será el adversario más imponente que te hayas encontrado, sobre todo, si su padre, el marqués, está implicado.

Anna se puso rígida. Esas palabras, si bien no eran un insulto, se acercaban mucho a una afrenta para ella. No era la primera vez que la llamaban «ilustrada». Naturalmente, eso paraba los pies a muchos conocidos y dejaba muchas preguntas no deseadas sin hacer ni contestar. Por eso era una etiqueta que le gustaba y que le daba libertad. Además, no se avergonzaba de sus dotes ni de su formación. Le habían venido muy bien y habían salvado a su familia, y a muchos otros, de una vida sombría y de penuria, con los peligros que eso suponía.

Nathaniel se levantó, se acercó a ella y le tomó la mano entre las suyas.

—Me temo que si llegas a enfrentarte con lord Treybourne cara a cara, empezarías a darte cuenta de que casarte conmigo sería el menor de los males.

—Querido Nathaniel, como tú te ocuparás de enfrentarte al demonio, al conde, quiero decir, en

Londres, es algo que no me preocupa —Anna retiró la mano y dio una palmadita en la de él—. Es parte del encanto de nuestro plan tan poco ortodoxo.

Pareció como si él fuera a rebatirla o a añadir algo a su advertencia, pero se apartó para que ella pasara. Otras personas estaban esperándola y demorarse sin motivo era una falta de cortesía. Anna agarró el bolso.

—¿Y A. J. Goodfellow?

—A. J. Goodfellow seguirá minando la severidad de la sociedad con los pobres y desfavorecidos.

—Entonces, ¿el plan sigue igual? —preguntó él como si hubiera alguna duda sobre la situación.

—Creo que no debería cambiarse nada. Deberíamos seguir según lo previsto —propuso Anna, que esperó la decisión de él.

Lo planteaban todos los meses desde que A. J. Goodfellow escribió el primer artículo en la revista y cada vez, ella contenía la respiración con la esperanza de que Nathaniel no se desalentara. Mientras esperaba la respuesta, Anna se puso el tocado y los guantes.

—Según lo previsto —repitió él con un gesto afirmativo de la cabeza.

Ella resopló, agarró el pomo de la puerta y la abrió.

—Entonces, os deseo que paséis un buen día, señor Hobbs-Smith.

—Igualmente, señorita Fairchild.

Fingían esa formalidad por si acaso había algún desconocido en la oficina, porque tanto los oficinistas como la secretaria de Nathaniel estaban al tanto de su buena relación. Quizá no supieran el alcance exacto de su relación y seguramente pensarían, equivocadamente, que era una relación sentimental, pero Nathaniel y ella no disimulaban su amistad ni su relación laboral cuando estaban en la oficina.

No obstante, los empleados no sabían que la mujer a la que el señor Hobbs-Smith ayudaba a ponerse la capa y acompañaba hasta la puerta era la periodista política A. J. Goodfellow.

Tres

—Lady Simon está emocionada por el éxito de la velada.

—Si te refieres al calor excesivo, a que hay demasiada gente y a que es muy tarde, estoy de acuerdo, Ellerton.

David intentó abrirse paso hasta el fondo de la sala de baile, donde parecía que había sitio para moverse… y para escapar del tumulto. Su tercer baile de la semana era igual de caluroso, multitudinario y desagradable que los anteriores, pero era una forma de evadirse del asunto que lo desazonaba.

—Eres demasiado modesto, Trey. Eres la joya de su corona.

Esas palabras dichas por cualquier otro habrían sido una mera frivolidad, pero dichas por Ellerton eran algo más que una advertencia. Una advertencia que había llegado demasiado tarde porque su anfitriona los alcanzó antes de que llegaran a escapar de la multitud.

—¡Lord Treybourne! No irá a marcharse tan pronto…

Lady Simon llevaba un vestido claramente pensado para una mujer más grácil, una mujer que no se preciaba de sus curvas voluptuosas. En cambio, resaltaba los cambios evidentes que experimentaban algunas mujeres al hacerse mayores. Se inclinó hacia delante y mostró lo que ella debía de considerar una grata visión de su escote.

—Mi sobrina Catherine esperaba un baile…

Señaló con la cabeza hacia las parejas que bailaban y las que no bailaban. Una joven lo miró y parpadeó a una velocidad asombrosa.

—Me temo que tengo que marcharme, lady Simon —se disculpó él mientras le tomaba la mano para mantenerla a una distancia prudencial—. Por favor, presentadme a vuestra sobrina cuando volvamos a vernos. Tengo otros compromisos que debo atender —susurró con tono conspirador mientras miraba a Ellerton.

—¡Oh! —exclamó ella con decepción—. ¡Oh! —volvió a exclamar mientras le daba un golpecito en el brazo con al abanico cerrado—. ¿Compromisos masculinos, señor? De esos que es mejor no hablar con mujeres…

Pese a lo dicho, su agitación dejaba de manifiesto que estaba deseando que entrara en detalles. Había olvidado a su sobrina ante el intento de enterarse de sus planes.

—Os agradezco vuestra amable invitación a esta velada y os deseo buenas noches.

Le soltó la mano y retrocedió lo suficiente para poder hacer una reverencia. Afortunadamente para él, Anthony estaba al tanto de la situación y se dirigía hacia la puerta. David lo siguió mientras saludaba con la cabeza a las personas que iba cruzándose en su huida hacia la libertad. Notó algo cuando se paró para que un lacayo le diera la capa y miró alrededor del recibidor para comprobar si alguien estaba observándolo. Como no quería que volvieran a entretenerlo, se echó la capa al brazo y salió para encontrarse con Ellerton en la acera.

Rebuscó en el bolsillo, sacó unas monedas y se las dio al primer lacayo que encontró.

—Busca a mi cochero y dile que nos alcance —le ordenó—. Iremos andando en esa dirección.

Era lo más conveniente porque la hilera de carruajes era larguísima. Su club estaba demasiado lejos para ir andando, pero su carruaje podría tardar más de una hora en llegar. Una vez lejos del gentío y cuando nadie podía oírlos, comentó con Ellerton lo que había planeado.

—Había pensado ir a nuestro pabellón de caza en Cairngorms, Anthony. ¿Me acompañarías?

—¿Han terminado el periodo de sesiones de la Cámara de los Comunes?

—No nos llamarán hasta principios de octubre. Tiempo de sobra para disfrutar de los placeres de la caza.

Ellerton no contestó inmediatamente y tampoco dijo nada cuando el coche de los Dursby se acercó. David dio las instrucciones al cochero mientras se montaban y se sentaban uno enfrente del otro. El coche avanzó unos minutos por la calle antes de que David tanteara una respuesta.

—Mi padre no estará allí, si eso es lo que quieres oír. Va a ir con mi madre a la finca de Nottinghamshire.

—Me preocupaba. Al marqués no le gusta mi compañía.

—Le gusta menos la mía, así que, por el momento, estamos a salvo.

—Ya, ¿no mantienes alto el pabellón del partido?

—¿Por qué no te lo tomas en serio?

Las dos familias eran conservadoras, pero el padre de Ellerton no se mezclaba con las maniobras del poder.

—A mi padre le interesan mucho más sus tierras que los discursos. Supervisar las últimas innovaciones en sus cosechas le proporciona muchas satisfacciones.

David podía entender que hubiera algo más en la vida aparte de los embrollos de las reuniones y de los intentos de hacerse con el poder de la política. Se dio cuenta de que no le había contestado e insistió.

—Pienso salir el jueves por la mañana.

Puedes mandarme un mensaje si quieres acompañarme.

Anthony miró un rato por la ventanilla antes de contestar.

—Nunca te había visto eludir algo, Trey.

Él prefirió fingir que había entendido mal.

—La temporada ha terminado y sólo perseveran las que todavía no han cazado marido. Después de cinco bailes, cuatro veladas musicales y seis cenas durante los últimos quince días, ya he cumplido con mis obligaciones como soltero y blanco de madres casamenteras.

—Así que se trata de tomarte un respiro de los rigores de la sociedad y no de eludir el desagradable asunto de cierta publicación.

Podría haber seguido simulando para no reconocer su debilidad, pero Anthony era una de las pocas personas en la que podía confiar.

—En realidad, en vez de eludirlo voy a encontrarme con él.

—¿En tu pabellón de caza? —Anthony lo miró con recelo y el ceño fruncido—. Naturalmente, no es una coincidencia que el camino a tus tierras pase por Edimburgo.

—Salvo que hayan cambiado los caminos, creo que así es.

Anthony lo entendió inmediatamente y soltó una carcajada.

—Hay que tener cerca a los amigos y más cerca todavía a los enemigos, ¿no?

—Aunque yo lucho a pecho descubierto, mi oponente se escuda en el anonimato. He pensado que había que cambiar esa situación.

—¡Ése es el Trey que recordaba! El que no elude una buena batalla —Anthony se inclinó y le dio una palmada en el hombro—. Es un honor que me hayas pedido que te acompañe, como tu lugarteniente, por decirlo de alguna manera.

David sonrió, pero se puso en tensión. Había esperado que hubiese sido una visita discreta a Edimburgo para saber algo del escurridizo señor A. J. Goodfellow. Su administrador allí no había conseguido saber algo de sus orígenes o de su familia, ni siquiera de su paradero.

Sin embargo, David utilizaría sus contactos. Su amigo de la universidad era propietario del *Scottish Monthly Gazette* y seguramente podría ayudarlo a desenmascarar a ese escritor. Bueno, era posible que Nathaniel pudiera, pero tendría que ser muy convincente para que su amigo le contara la información.

—Yo lo consideraría una especie de misión de reconocimiento. Mi administrador ya ha hecho casi todas las indagaciones, sólo quería seguir algunas pistas prometedoras.

Anthony se puso muy recto y se llevó un dedo a los labios.

—Puedo ser una tumba. Puedes contar con mi discreción en este asunto.

David, que decidió no seguir comentando el

plan, asintió con la cabeza y miró por la ventanilla. Tenía que hacer muchas cosas antes de marcharse dentro de dos días. Había escrito la réplica al apasionado artículo y el jueves se la mandaría al editor. Según el sistema de publicación, los lectores podrían leer su artículo cuando él estuviera en Edimburgo. Sería el mejor momento para observar la reacción de Nathaniel y sus aliados, el mejor momento para poner al descubierto al esquivo señor Goodfellow. El coche llegó a su club y mientras se bajaban, David fue haciendo una lista de todo lo que tenía que hacer antes de marcharse de Londres.

Estaba enfrascada en repasar el nuevo libro de texto que había elegido para enseñar a leer en la escuela y se sobresaltó al oír la llamada a la puerta. Antes de que pudiera contestar, la puerta despacho de Nathaniel se abrió y un desconocido entró. No le vio la cara porque él se dio la vuelta para volver a cerrar la puerta, pero su vestimenta indicaba que era adinerado y poderoso. Él se sorprendió tanto como debió de sorprenderse ella al encontrarse con alguien inesperado donde debía estar la persona que buscaba. Ella puso unos papeles encima del libro, se levantó, rodeó el escritorio y se acercó a él.

—Buenos días, señor —lo saludó mientras alargaba una mano—. ¿Puedo ayudaros?

Él miró la mano extendida y frunció el ceño. Ella pensó que sería un escrupuloso de Londres.

—Buenos días. Estoy buscando al señor Hobbs-Smith —contestó él con una fugaz inclinación de la cabeza pero sin estrecharle la mano.

—El señor Hobbs-Smith no ha llegado todavía. Soy la señorita Fairchild. ¿Puedo seros de alguna utilidad?

Anna lo observó mientras lo pensaba. Ese desconocido alto, más alto que Nathaniel, sacudió la cabeza con aire de enojo y peligro. Cuando la miró a los ojos, el azul penetrante la dejó sin aliento. Nunca había sentido una atención tan intensa y las palabras se le amontonaron en la boca sin encontrar la salida. Entonces, Lesher abrió la puerta, susurró que Nathaniel iba a llegar inminentemente y rompió el hechizo que la había obnubilado.

—¿Puedo ofreceros un refresco, señor…?

Anna esperó que un nombre identificara a ese hombre. Tenía que saber su identidad.

—Es un asunto de trabajo, señorita Fairchild. No necesito refrescos.

Se quitó los guantes, los agarró con impaciencia y examinó cada centímetro del despacho. Se quitó el sombrero, metió los guantes dentro y lo dejó en el escritorio.

¿La consideraba tan cretina de no saber lo que era una conversación de trabajo? Sólo había intentado ser cortés y él estaba tratándola como si fuera… una mujer.

Anna detestaba esa actitud autoritaria de los de su clase, que deberían ser nobles. Probablemente, las únicas mujeres trabajadoras que se hubiera encontrado serían sus sirvientas o dependientas que se deslomaban para ganarse el dinero.

Se quedó boquiabierta porque sus pensamientos estaban tomando unos derroteros inesperados e inapropiados. ¿Qué se lo habría inspirado?

—¿Se siente mal, señorita Fairchild?

Su mirada no se suavizó, pero tenía algo parecido a cierta preocupación.

—Estoy bien, señor. Acabo de acordarme de que tengo un compromiso —Anna esperó que no se notara su sonrojo mientras volvía al escritorio a por su libro—. El señor Hobbs-Smith está a punto de llegar. Si me disculpáis…

Anna había agarrado el pomo de la puerta cuando ésta se abrió y Nathaniel apareció. Ella se apartó para que entrara.

—Nathan… señor Hobbs-Smith, tenéis una visita —le anunció para prevenirlo.

—Eso me han dicho.

Nathaniel señaló con la cabeza a los que los miraban desde fuera del despacho sin disimular su curiosidad, entró y cerró la puerta. La curiosidad que ella también sentía hizo que se quedara para saber qué quería ese desconocido. Cuando se dio la vuelta, vio a Nathaniel con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas como si hubiera visto un espectro.